

LA CRISIS DE PARADIGMAS EN LA HISTORIA, LAS NUEVAS TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS Y LA CONSTRUCCIÓN DE NUEVOS PARADIGMAS EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Roberto López Sánchez*

Resumen

El trabajo aborda la cuestión de la crisis de paradigmas en la historia, en el contexto de la globalización y considerando la especificidad latinoamericana. Se parte de los cuestionamientos a las grandes escuelas historiográficas que han dominado el siglo XX, considerando críticamente las tendencias posmodernas en la investigación histórica. Utilizando los aportes de investigadores europeos y latinoamericanos que en la década de los noventa han debatido sobre el tema, se cuestiona el predominio de perspectivas positivistas en diferentes tendencias historiográficas, así como la utilización de la historia como mecanismo de dominación ideológica sobre América Latina y los países subdesarrollados en general. Ante la unicidad cultural que promueve la globalización, la crisis de paradigmas sirve, sin embargo, para redefinir la teoría de la historia con perspectivas y herramientas propias. Se concluye en la necesidad de replantear nuestra inserción en el conocimiento histórico desde una perspectiva latinoamericana, comprometida con las mayorías populares; que no renuncie a dar explicaciones globales, holísticas; que valore los aportes de la historia regional y local; que, al explicar el pasado y su incidencia en el presente, contribuya a delinear un mejor futuro para nuestras sociedades; que se fundamente en la interdisciplinariedad y en el debate teórico permanente; y que se vincule a las comunidades en la elaboración colectiva del conocimiento.

Palabras clave: Historia, paradigmas, holística, interdisciplinariedad, Latinoamérica.

Recibido: 02-11-99 • Aceptado: 04-07-00

* Universidad del Zulia. Departamento de Ciencias Humanas. Facultad Experimental de Ciencias. Apartado 526. Fax: 598101. Maracaibo, Venezuela.

The Crisis of Paradigms in History, New Historiographic Tendencies and the Construction of New Paradigms in Historic Research

Abstract

This work approaches the question of the crisis of paradigma in history, in the context of globalization and in consideration of situations specific to Latin American. It is based on the questionings addressed to the great schools of historiography that have dominated the twentieth century, considering critically the postmodern tendencies in historical research. Using the contributions of European and Latin American researchers who have debated the topic in the decade of the 90s, the predominance of positivist perspectives in different tendencies of historiography have been questioned, as well as the use of history as a mechanism for the ideological domination of Latin America and underdeveloped countries in general. In the face of the cultural oneness that globalization promotes, the crisis of

paradigms serves, nevertheless, to redefine the theory of history with perspectives and tools of its own. It concludes with the need to restate our insertion in historical knowledge from a Latin American perspective, committed to the popular majorities. This is a position that does not renounce giving global, holistic explanations, that values the contributions of regional and local history, that, on explaining the past and its incidence in the present, contributes to delineating a better future for our societies, that is based on interdisciplinarity and on a permanent theoretical debate, and that is linked to communities in the collective elaboration of knowledge.

Key words: History, paradigms, holistic, interdisciplinarity, Latin America.

Introducción

La crisis de paradigmas en la historia es consecuencia de las crisis reales manifestadas a lo largo del siglo XX en el desarrollo de la civilización occidental. La crisis del liberalismo económico en 1929; las dos grandes guerras mundiales; la crisis de la doctrina keynesiana en los años 70; el desmantelamiento del “Estado de bienestar” como producto de la ofensiva neoliberal desde fines de los 70, y la caída del socialismo en Europa del este a partir de 1989, constituyeron he-

chos históricos fundamentales que echaron por tierra el proyecto de desarrollo y el sentido de progreso continuo que estaba implícito en la doctrina de la “Ilustración”

En el contexto latinoamericano, la crisis económica desatada desde comienzos de la década de 1980¹ y el fracaso que hoy se evidencia de los planes de ajuste neoliberales aplicados en casi todos nuestros países durante las dos últimas décadas², obligan a reconsiderar todo el conocimiento científico-social que ha guiado los planes de desarrollo en América Latina en los últimos cincuenta años. Como proponen algunos autores, estamos ante “la inminencia de un cambio teórico-metodológico en las ciencias sociales” (Lanz, 1993: 40).

En general, la historia “científica” ha entrado en crisis, poniéndose en duda casi todos sus paradigmas, tales como el de la totalidad histórica, el sentido de progreso continuo, la historia económico-social, el estudio del pasado para explicar el presente y construir el futuro, el cuantitativismo, la historia no narrativa, la multiplicidad de tiempos en el análisis, etc.

En el medio intelectual venezolano también es necesario replantear el enfoque predominante en los análisis históricos, y someter a la crítica las nuevas tendencias historiográfica. De acuerdo a la época histórica, y a las mismas situaciones coyunturales, predominan tales o cuales tendencias en el campo de los estudios históricos. El momento actual, caracterizado por la crisis de los paradigmas, el mundo unipolar y la globalización, ha favorecido que renazcan tesis que ya se creían rebatidas y superadas, volviendo a predominar perspectivas del análisis histórico que se agrupan en las llamadas tendencias tradicionales o “no científicas”. Creemos que hay aportes significativos en muchos de estos desarro-

- 1 La llamada “década perdida” por los efectos desastrosos en lo económico y social para nuestros países. La crisis de los 80 echó por tierra los modelos de desarrollo por “sustitución de importaciones” que se habían aplicado en el período de posguerra como la pretendida vía latinoamericana para salir del subdesarrollo.
- 2 Los planes neoliberales han aumentado considerablemente la deuda externa de la región y profundizado las relaciones de dependencia para con el capital multinacional, sin haber traído aún la prosperidad económica con la cual fueron propagandizados inicialmente. Por lo contrario, los pueblos latinoamericanos han aumentado sus niveles de pobreza al mismo tiempo que han crecido las ganancias de las compañías multinacionales y de las burguesías criollas en el poder.

llos teóricos, pero a la vez se están manifestando considerables retrocesos epistemológicos que ponen en entredicho la significación social de la historia.

La actual crisis de paradigmas permite replantear desde una perspectiva latinoamericana y popular la función de los estudios históricos. Nuestra propuesta implica una ruptura con la ciencia positivista implícita o explícita en casi todas las tendencias historiográficas presentes en nuestro medio. En cierta forma, redefinimos el papel de la ciencia y de los intelectuales dentro de la sociedad. Hoy día es imprescindible reescribir la historia desde una óptica propia, que supere la subordinación de nuestros intelectuales a los paradigmas eurocéntricos del análisis histórico. En momentos que la globalización pareciera arropar al mundo bajo el manto uniforme de la economía neoliberal, la democracia burguesa y la cultura occidental, una historia vista por los latinoamericanos debe servirnos para construir nuestra propia identidad, rompiendo así los lazos de dependencia cultural, para replantear el rumbo de desarrollo en lo económico, político y social.

1. La crisis de paradigmas y las grandes escuelas de historia

Las principales escuelas de la historia científica que dominaron el siglo XX han hecho crisis desde la década de 1960, como reacción intelectual ante los significativos acontecimientos históricos que se produjeron en ese periodo. El aplastamiento de la revuelta estudiantil en Francia y de la rebelión popular en Checoslovaquia, principalmente, fueron hechos que cerraron las alternativas de cambio que internamente se planteaban tanto en la democracia occidental como en las “democracias populares” de Europa oriental. En los sesenta, el sentido de progreso que inspiraba a la historiografía se encontró con un muro insalvable, muro que ha ido creciendo cada vez más en las décadas siguientes.

Según Olabarri Gortázar (1993: 29), las principales escuelas historiográficas de los últimos cincuenta años han sido los Annales franceses, la marxista, la “social scientific history” norteamericana, y la Escuela de Bielefeld alemana. De acuerdo con este autor, las características comunes a estas “nuevas historias” que superaron a la historiografía tradicional no científica son las siguientes:

Consideran a la historia como una ciencia, equiparable a las demás ciencias sociales.

Organizan su material de forma analítica y no narrativa.

Les interesan más las causas y las consecuencias que el qué y el cómo.

Se preocupan por problemas en tres áreas básicas: la base material de la existencia humana (economía, demografía, tecnología, ecología y geografía), la historia social y la historia cultural.

Postulan una práctica interdisciplinar real, una relación permanente con las demás ciencias sociales.

Su afán totalizador, el desarrollo de los llamados “metarrelatos”.

Su interés primordial por los fenómenos colectivos, su interés por explicar las manifestaciones históricas de la dimensión social del hombre, sin anular por completo el papel creador del individuo.

Su preocupación por establecer leyes o generalizaciones, regularidades, enunciados generales que permitan cierta capacidad de previsión futurística.

Todas admiten la relatividad moral y cultural, pero no ocurre así en el caso del conocimiento.

Por último, todas las “nuevas historias” del siglo XX son historias “modernas”, pues interpretan el pasado desde la ideología y el concepto de progreso nacidos con la Ilustración (Olabarri, 1993: 55-58).

El Marxismo hizo crisis no sólo por la caída del socialismo en el este europeo, sino por su conversión en una doctrina ultrapositivista, que convirtió el análisis histórico en un simple ejercicio de aplicar recetas predeterminadas y hacerlas encajar por la fuerza en cualquier circunstancia y en cualquier época histórica. El análisis marxista propagandizado por los soviéticos se convirtió en una vulgar caricatura de las formulaciones originales de Carlos Marx (López, 1994: 22). El economicismo y el estructuralismo convirtieron a la historia marxista en una historia sin protagonistas, en la cual los procesos económicos inducían a una lucha de clases cuyos resultados finales ya se sabían de antemano³. Desde nues-

3 Marx nunca subordinó el desarrollo histórico a un esquema específico: “La historia no hace nada, no posee ninguna riqueza, no libra ninguna lucha. Es el hombre real y vi-

tra perspectiva, el derrumbe del socialismo real ha sido mas bien positivo, pues ha echado por tierra la teoría vulgarizada del marxismo soviético, permitiendo remontarse a los orígenes de esta escuela historiográfica, y rescatar así los aportes que se necesitan para la construcción de un nuevo paradigma para el estudio de la historia.

La escuela francesa de los Annales también ha hecho crisis en la medida en que se ha cuestionado la idea de progreso propia del liberalismo burgués que inspiró a la intelectualidad europea durante los siglos XIX y XX⁴. La constatación de que la sociedad no avanza hacia una superación constante y automática de sus niveles de desarrollo, la certeza del “techo” que tiene el crecimiento económico del capitalismo, el cual es incapaz de resolver los grandes problemas sociales que por décadas han agobiado a gruesos sectores de la población mundial, así como los estragos ambientales de la industrialización, amenazantes de la continuidad misma de la especie, son elementos decisivos para poner en duda la obra de quienes habían apostado por esa idea de progreso implícita en los ideólogos del siglo de las luces.

En ambas escuelas, predominaron las explicaciones excesivamente generales, la macrohistoria, que concebía al desarrollo sobre la base de un único esquema, eurocéntrico, unilateral, que obviaba todas las particularidades, todas las peculiaridades, las aportaciones individuales, lo efímero y lo contingente del proceso histórico. La crisis de paradigmas significa el derrumbe de los metarrelatos filosóficos que pretendían darle un rumbo predeterminado a la historia.

Los historiadores venezolanos de una u otra tendencia (en muchos casos, una combinación ecléctica de ambas), no han dado respuestas claras, en su ma-

viente quien hace todo, posee todo y combate todo; no es la historia la que utiliza al hombre como medio para realizar sus fines, cual si fuese una persona determinada; ella, la historia, no es más que la actividad del hombre que persigue sus fines” (Marx, 1958: 98).

- 4 “Ciertamente la idea del progreso está formalmente desprestigiada: una aldea global como la que habitamos no puede sino producir profundas dudas morales ante la visión de que la mayor parte de nuestros vecinos de planeta viven cada vez peor. A pesar del progreso. O por él mismo” (Muro Abad, 1995: 248). “El progreso se ha realizado efectivamente, y ha dejado tras de sí las ruinas que ahora contemplamos” (Campillo, 1987: 102)(citado por Muro-Abad).

yoría, al derrumbe de los paradigmas que venían guiando su labor investigativa. No pocos se han cambiado de ropaje sin reconocerlo públicamente, incorporando las tesis postmodernas a sus trabajos. Otros insisten en que nada ha ocurrido y obstinadamente defienden lo ya superado por el conocimiento científico de las últimas décadas. Muy pocos intentamos reconstruir un sustento teórico que enrumbé de nuevo a la historia.

2. Posmodernismo y nuevas tendencias historiográficas

Las nuevas tendencias historiográficas, influidas muchas de ellas por la crítica postmoderna⁵, expresan el retorno de géneros tradicionales, que se creían superados por la “historia científica”, como:

La historia política.

La biografía histórica.

La historia-relato o narración histórica.

La fragmentación de los estudios históricos en pequeñas historias: de las costumbres, de las mujeres, de la vida sexual, de las élites, de los barrios, de las instituciones, de las mentalidades, de las religiones.

La historia de corta y media duración (un año, un lustro, un día), la microhistoria, reducida en el tiempo, en el espacio y en sus protagonistas.

La fragmentación y la discontinuidad se hace predominante frente a la anterior totalidad del análisis histórico; y ante los determinismos estructurales surge la variación y la contingencia como elementos de primacía (Cabrera Acosta, 1995:209). La historiografía postmoderna produce contra-imágenes respecto a la situación actual (Rüssen, 1993: 130). El presente no es ya el resultado de un desarrollo lógico de los acontecimientos; más bien, el pasado pareciera no guardar relación alguna con la actualidad.

5 “Actualmente no se puede ejercer en toda su plenitud la profesión histórica sin haber incorporado el pensamiento posmoderno a la práctica investigadora” (Cabrera Acosta, 1995: 212).

En el desarrollo de la microhistoria, en vez de las clases surgen los individuos como protagonistas; en vez de los grandes acontecimientos y los personajes famosos, el estudio de seres anónimos, insignificantes para la historiografía tradicional. En cierta forma es una recuperación del sujeto histórico, pero que llevado al extremo tiende a trascender lo científico para colocarse como simples narraciones de historias personales. Si no se refiere a las condiciones “macrohistóricas” del asunto, tendería a “deshistorizarlo”.

Si hay algo positivo en la historia postmoderna es que ha roto con la concepción modernista (y eurocentrista) que parte de un único proceso histórico, la “historia universal”, impulsada por el sentido de progreso que se idealiza en el capitalismo y la democracia liberal, o en el “socialismo” que postularon los soviéticos, y que establece una confluencia de las distintas sociedades –que se encuentran en diferentes puntos de ese trayecto– hacia un modelo de organización único. Como plantea Cabrera Acosta, para la óptica posmoderna “la filosofía moderna de la historia no es más que un discurso legitimador de la dominación social y de la supremacía de los países occidentales” (1995: 213). En la medida en que se reconoce lo diversas y contradictorias que son las sociedades humanas, en esa medida se acepta que existen una multitud de historias. La ampliación de perspectivas en el análisis histórico permite incorporar cuestiones como la espiritualidad, la psicología, la estética, los estudios de género y la consideración de manifestaciones culturales encontradas con la racionalidad de la ciencia occidental.

En cuanto a la fragmentación de la historia, este ha sido un fenómeno que se debe en parte al crecimiento de la disciplina y la consiguiente división del trabajo dentro de ella⁶, que hace que en muchos casos haya desaparecido cualquier lazo de unión entre historiadores que tratan de temas distintos para épocas y países también distintos. Hasta tal punto la producción historiográfica supera al historiador que, de hecho, se hace difícil la síntesis. Si no es posible sintetizar los estudios históricos, la historia como tal perdería pertinencia social, al romperse los ya débiles vínculos que existen entre los investigadores y el público en general; pues a este último sólo se le puede interesar precisamente por medio de

6 Olabarri coloca el siguiente ejemplo: “A mediados de los 50 los Estados Unidos tenían menos de una docena de especialistas en historia de África; en 1980 eran aproximadamente 600” (1993: 63).

las síntesis históricas, que permiten visiones de conjunto acerca de un proceso determinado. El papel de los equipos de investigadores en determinadas áreas, puede contribuir a suplir las limitaciones objetivas que existen actualmente para sintetizar el conocimiento histórico.

Pero la fragmentación de la historia por el posmodernismo no se debe sólo al simple crecimiento vegetativo de la disciplina, sino que existe todo un esfuerzo por dejar de lado las explicaciones globales y reducir la historia a pequeños relatos locales sin vinculación con la marcha general de las sociedades.

La historiografía postmoderna tiene su lado más negativo en el rechazo a todo intento de elaboración teórica que explique los cambios históricos, lo que conduce a que se pierda el sentido de ciencia como sistematización del conocimiento, cayendo en la sobrevaloración de la acción individual y subjetiva en la historia, colocando al azar puro y simple como uno de los fundamentos explicativos del proceso histórico. “La eliminación por el posmodernismo de la filosofía de la historia, en tanto que ordenador externo del acontecer histórico, no autoriza a suprimir la teoría de la historia, en tanto que organizador interno, es decir, fruto de la labor de síntesis y conceptualización que ha de coronar la investigación empírica” (Cabrera, 1995: 216). El acontecer histórico real no se ajusta a una construcción filosófica previa, pero sí a unas pautas objetivas que trascienden la mera individualidad y cuyo esclarecimiento es la razón de ser de las ciencias sociales.

3. La relatividad del conocimiento científico

En nuestro país, las viejas ideas positivistas que consideran a la ciencia como una sola, en permanente desarrollo hacia los niveles más avanzados del progreso social, se han hecho fuertes entre no pocos investigadores. De acuerdo con ellos, el desarrollo científico y tecnológico tiene una naturaleza neutral con relación a los intereses de clase o de grupo que puedan existir en la sociedad⁷.

7 Miguel Martínez define así al positivismo: “La idea central de la filosofía positivista sostiene que fuera de nosotros existe una realidad totalmente hecha, acabada y plenamente externa y objetiva, y que nuestro aparato cognoscitivo es como un espejo que la refleja dentro de sí como una cámara fotográfica que copia pequeñas imágenes de esa

Esta pretendida neutralidad de la ciencia permite asumir cómodas posiciones “objetivas”, como quien mira los toros desde la barrera. La historiografía de los últimos cincuenta años abundó sobre la pretendida “objetividad” del conocimiento histórico⁸, colocando a los historiadores como si fueran científicos de bata blanca dentro de un laboratorio, y las fuentes documentales serían semejantes a elementos químicos que combinados producen un único y exclusivo resultado.

Pero ni la ciencia ni la tecnología son, como formas de producción y aplicación del conocimiento, neutras (Proceso Político, 1978: 74). La ciencia tiene ante todo un carácter histórico, responde a cada época determinada y al tipo de sociedad que la desarrolla. Tiene también la ciencia un carácter de clase o de grupo social, pues responde a uno u otro de los distintos y contradictorios intereses de clase que están en conflicto en una sociedad determinada. Las diversas disciplinas científicas que existen hoy en la sociedad capitalista no son las únicas formas posibles de producción y reproducción del conocimiento.

Las nuevas tendencias en historia han permitido romper con uno de los lastres que el positivismo había adosado a los estudios históricos (incluso en el Marxismo y en los Annales): la ausencia del sujeto en la historia y el carácter “objetivo” de la misma. La historia “objetiva” ha sido superada por el redescubrimiento del rol del sujeto en la historia y del libre albedrío del historiador en su trabajo; se establece el relativismo del conocimiento histórico (Barros, 1995: 98), condicionado por el tiempo, el espacio, los intereses sociales que se defienden y las teorías, métodos y hasta por los gustos personales del historiador⁹. No existe una

verdad exterior. De esta forma, ser “objetivo” es copiar esa realidad sin deformarla, y la “verdad” consistiría en la fidelidad de nuestra imagen interior a la realidad que representa” (Martínez, 1991: 14).

- 8 “La posibilidad de un amplio acuerdo de los **especialistas** sobre el valor de gran parte de toda obra histórica es la primera prueba de su “cientificidad” y la primera piedra de parangón de la objetividad histórica” (Le Goff, 1991: 33) (negrillas nuestras).
- 9 Wolfgang Mommsen (citado por Le Goff) señala los elementos sociales que presionan sobre las ideas y métodos del historiador: “1) La imagen que de sí tiene el grupo social del que el historiador es intérprete o al que pertenece o con quien está comprometido. 2) Su concepción de las causas del cambio social. 3) Las perspectivas de cambio social por venir que el historiador considera probables o posibles y que orientan su interpretación histórica” (Le Goff, 1991: 32).

verdad absoluta al margen del observador actual y del sujeto histórico. El positivismo hacía desaparecer ilusoriamente al sujeto-observador, cuando en la realidad el “sujeto” y el “objeto” no son dos entidades separadas, sino que el sujeto-investigador forma parte del objeto que se investiga, en la medida en que ese objeto es –en toda circunstancia– delineado por el propio investigador.

El pasado, el hecho histórico, como “objeto” de la historia, está sujeto a una continua reconstrucción, en la medida en que la historia como ciencia tiene su propia historicidad¹⁰. Es decir, cada época histórica –y cada interés de clase– influye de diversas maneras en la forma de orientar los estudios históricos¹¹. El hecho histórico también se reconstruye en la medida en que van surgiendo nuevos elementos de análisis y nuevas fuentes documentales que aportan datos significativos que pueden variar la valoración de determinado hecho del pasado.

La visión positivista de la ciencia “pura, objetiva y exacta” ya había sido superada a lo largo del presente siglo por las ciencias físicas, expresadas en la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, que significaron el fin de la mecánica newtoniana. Los principios físicos de indeterminación, complementariedad, de la complejidad y el caos han relativizado la verdad científica a nivel de las ciencias naturales, sin que por ello se ponga en duda su carácter mismo de ciencias (Barros, 1995:110). En la historia, en cambio, han perdurado concepciones positivistas que alejan a los historiadores de las revoluciones científicas fundamentales del presente siglo¹².

Del postmodernismo han surgido visiones extremas que hacen énfasis en la ausencia absoluta de la objetividad en la historia. Dado que la historia es con-

10 Tal como lo plantea Marx en los Grundrisse: “Incluso las categorías más abstractas, a pesar de su validez -precisamente debida a su naturaleza abstracta- para todas las épocas, son no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones históricas y poseen plena validez sólo para estas condiciones y dentro de sus límites” (Marx, 1980: 26).

11 El mismo Le Goff (1991: 29) menciona varios acontecimientos históricos cuya valoración por los historiadores ha ido variando de acuerdo a la época.

12 Tal es el caso de multitud de historiadores como Lucien Febvre, Jacques Le Goff, Adam Schaffy otros, que han insistido en que puede elaborarse un conocimiento histórico “objetivo”, al margen del bien y del mal.

secuencia de los actos libres del hombre, “la altura del tiempo histórico hay que buscarla en el ejercicio de la libertad de las personas”. La historia sería un discontinuo de comienzos personales; la historia no sería únicamente lo que sucedió, sino que habría que considerar lo que pudo haber sucedido. La narrativa sería entonces el género adecuado para las grandes síntesis históricas (De Garay y Yepes Stork, 1993: 160).

De la relatividad del conocimiento histórico se deriva nuestro postulado referente al compromiso necesario de los historiadores con los intereses de las grandes mayorías sociales de América Latina. Hasta ahora, bajo el manto de la neutralidad de la ciencia histórica, se han cobijado posiciones que realmente son una justificación implícita de la dominación que sufrimos por parte de fuerzas foráneas y de las élites criollas.

Otra deficiencia que el positivismo introdujo en los estudios históricos ha sido el desprecio por la teoría. Los historiadores se han limitado a trabajar las fuentes y exponer los resultados de su investigación, sin avanzar en el desarrollo de explicaciones teóricas que den coherencia a los procesos estudiados¹³. Debido a esto, la historiografía que intenta trabajar con modelos teóricos se ha visto obligada a importarlos de otras ciencias como la sociología, la antropología y la politología. La historia necesita actuar con un criterio interdisciplinario, superando el parcelamiento especializado del conocimiento que la teoría positivista introdujo dentro de la ciencia. Jurjo Torres (citado por Lanz, 1998: 66) plantea que existen diversos grados de integración del conocimiento:

Multidisciplinarietà: Como nivel inferior. Consiste en la búsqueda de información y ayuda entre dos o más disciplinas, sin que dicha interacción contribuya a modificarlas o enriquecerlas.

13 “La idea de interpretación histórica es la operación esencial de la investigación. Muchos historiadores todavía hoy creen que la operación metódica esencial en los estudios históricos es la crítica de las fuentes. No han aprendido la lección metodológica del historicismo. La interpretación cambia los meros hechos, los hallazgos de la crítica de las fuentes, transformándolos en hechos históricos al ponerlos juntos a lo largo de la línea de la idea de historia como una relación temporal del pasado, el presente y el futuro llena de sentido y significado. La interpretación transforma la evidencia empírica en historia” (Rüssen, 1993: 126).

Interdisciplinariedad: La cooperación entre varias disciplinas lleva a interacciones reales, a enriquecimientos mutuos.

Transdisciplinariedad: Es la etapa superior de integración. Se trataría de la construcción de un sistema total que no tenga fronteras sólidas entre las disciplinas.

La declaración de principios del 1er Congreso Mundial sobre Transdisciplinariedad (Portugal, noviembre de 1994), parte de reconocer que existen diferentes niveles de la realidad gobernados por diferentes tipos de lógicas (artículo 2), lo que justifica que en la elaboración del conocimiento científico se plantee abrir todas las disciplinas a lo que tienen en común y a lo que existe más allá de sus fronteras (art. 3) (citado por Lanz, 1998: 69).

Los historiadores han sido básicamente pragmáticos, trabajando empíricamente, sin reflexión sobre la obra realizada, sin debate sobre los métodos, hipótesis e interpretaciones. La historiografía se ha guiado hasta ahora por los metarrelatos surgidos de los filósofos de la historia, para explicar los distintos procesos estudiados; de esta forma, la historia ha perdido progresivamente su carácter de ciencia para entrar en el de la especulación. Esta limitación influye grandemente en la dispersión y crisis que vive la historia como ciencia actualmente. En nuestro medio esta realidad es patente, tanto en la ausencia de teoría en los trabajos de los historiadores, como en la falta de debates y confrontaciones de las diferentes perspectivas que dominan las investigaciones. Cada quién asume que tiene la verdad y ni siquiera se molesta en considerar otras posiciones. Superar el pragmatismo y debatir públicamente los resultados de su labor es una de las tareas a asumir por los historiadores¹⁴. Sólo así es posible abordar “el problema central del análisis histórico”, el problema del cambio social y de cómo interpretar dicho cambio (Furet, 1982: 34).

14 “Damos por supuesto no sólo que es necesario que la profesión historiográfica se sume plenamente al debate, sino que ha de hacerlo con el propósito de convertirlo en un medio de renovación de la disciplina” (Cabrera Acosta: 1995: 209).

4. La historia como factor de dominación

En diversos sectores universitarios, el análisis histórico se ha plegado a la razón dominante. La historiografía se concibe como tarea de una élite. Se considera que la producción del saber histórico debe estar reservada a un reducido grupo de intelectuales, que cuenten con las “credenciales” suficientes para ello. Desde las altas esferas de los centros de investigación, el conocimiento histórico debe bajar de peldaño en peldaño hasta llegar a los manuales escolares, obras de divulgación, etc. La posibilidad de que las comunidades populares, grupos étnicos y grupos sociales en general elaboren su propio conocimiento histórico está negada¹⁵. La verdad histórica sólo puede ser descubierta por especialistas poseedores del respectivo título profesional, y que cumplan además con las exigencias manualescas del llamado “método histórico”¹⁶, único e indivisible para todas las épocas y todos los lugares.

Son evidentes las implicaciones de esta concepción en cuanto a mecanismo de poder para mantener el sometimiento de las mayorías, negándoles su derecho a discutir y decidir libremente sobre las cuestiones fundamentales del pasado, del presente y del futuro de nuestra sociedad. La historia escrita por élites busca evitar que las clases dominadas adquieran conciencia del carácter histórico, cambiante, de la sociedad, de su propia historicidad y de su capacidad real para transformarla¹⁷. Se debe construir una nueva forma de elaborar conocimiento,

15 De acuerdo con este criterio, para poner un ejemplo, la etnia Barí sólo podría escribir su historia cuando algunos miembros de su comunidad alcancen el título académico de “historiadores”.

16 Sobre esto del método histórico afirma Olabarri Gortázar: “Las únicas reglas del oficio (de historiador) son las reglas de procedimiento elaboradas por los eruditos europeos entre los siglos XVI y XIX, y que siguen siendo esenciales, indispensables, pero que no definen una ciencia, sino un oficio: establecer un hecho “verdadero” en su complejidad es una cosa, y buscar la ley que regule su aparición o existencia es otra. Estas reglas del método histórico sirven de base para todos los tipos imaginables de historia” (1993: 80).

17 “Existe una especie de territorialización del conocimiento, a base de parcelas en las que, para entrar y participar, es indispensable cumplir una serie de condiciones. El colectivo de especialistas de cada disciplina delimita su parcela y se vuelven muy desconfiados ante quienes no tienen esa especialidad concreta. Las críticas a ciertos mandarines o feudos son el resultado de intentos que realizan especialistas de otras disci-

eliminando las jerarquías y el monopolio de las ideas por los intelectuales y especialistas (López, 1998: 143)

Un elemento resaltante aquí es la exclusión de lo popular de las investigaciones históricas. Explotados, rebeldes, dominados, no son considerados sujetos protagónicos de la historia. Masa pasiva de las élites dirigentes o de las fuerzas económicas y sociales, el pueblo aparece sin una identidad propia. El desaparecer el pasado de las clases populares y de las naciones dominadas contribuye a mantener y mitificar las formas actuales de sometimiento. Al valorar la historia de los dominados, de los pueblos y los grupos sociales derrotados, consideramos que la razón histórica no está necesariamente del lado de quienes triunfan en términos políticos concretos. Hay muchas sociedades, proyectos y revoluciones inconclusas que dejan mayores enseñanzas históricas que los triunfos político-militares de los grandes imperios que en cada época han hegemonizado al mundo o regiones de él. Rescatar la memoria de los oprimidos¹⁸ es una tarea básica en el proceso de construcción de identidades, la cual consideramos una de las funciones principales de la historia¹⁹.

Otro factor que influye en la historia como coadyuvante de la dominación es la pérdida de pertinencia social de las investigaciones. Muchos investigadores

plinas por trabajar en un ámbito de conocimiento y acción que por tradición pertenece a aquellos que poseen un determinado título ... que les capacita para detentar el poder y el control de todo lo referido a ese objeto o tema de investigación, estudio o trabajo” (Lanz, 1998: 67).

18 Curiosamente Jacques Le Goff propone lo contrario, al establecer que hay “dos historias”, la de “la memoria colectiva y la de los historiadores”, siendo la función de los “historiadores profesionales” la de corregir la “historia tradicional falseada” por la memoria colectiva (Le Goff, 1991: 32).

19 Intentando rescatar el papel protagónico de los oprimidos en nuestra historia, elaboramos el trabajo “Crisis de la sociedad colonial: proyecto nacional y guerra social”, publicado en la Revista **Minus** N° VII (1999), del Departamento de Historia, Geografía y Arte de la Universidad de Vigo, España. Dicho trabajo replantea la cuestión de los distintos proyectos de nación que intentaron hacerse hegemónicos en Venezuela desde fines del siglo XVIII y hasta mediados del XIX, resaltando que los sectores oprimidos enarbolaron sus propios proyectos nacionales, expresados en diversas insurrecciones y conspiraciones, al margen de los mantuanos y enfrentados a ellos en la mayoría de los casos.

se orientan hacia temas que carecen de toda relevancia en el presente. Se ha creado un conocimiento histórico academicista, de oficina, que no trasciende el aula universitaria, que no busca ni puede involucrarse en el proceso social. Ya con anterioridad²⁰ hemos planteado la desvinculación de las universidades con la problemática social del país, resaltando que en el terreno humanístico muchos investigadores están ajenos a la realidad social, realizando una labor burocrática que simplemente significa despilfarro de tiempo y de recursos de la nación (López, 1996: 68).

En nuestra óptica, la historia comprometida con la sociedad es aquella que da respuestas a los retos del presente, aportando explicaciones sobre los procesos históricos que han conducido a la actual crisis que vive el país, y proporcionando enseñanzas sobre la forma posible de reorientar el rumbo de la nación en beneficio de las grandes mayorías sociales. Desde la visión popular, la historia no es para saber más, sino para actuar mejor.

5. Eurocentrismo y multilinealidad

La historiografía latinoamericana se constituyó desde sus orígenes como apéndice de la historiografía europeo-occidental. Los europeos inventaron su propia “historia universal”, restringida a los procesos en los cuales ellos estuvieron involucrados. Desde Grecia (“la cuna de la civilización”) hasta el capitalismo globalizado actual habría, según el eurocentrismo, una sola línea de desarrollo, y los pueblos que se mantuvieron al margen del contacto europeo serían sencillamente momentos oscuros, secundarios e irrelevantes del proceso histórico.

La historia de Venezuela, particularmente, se ha escrito con el fin de justificar nuestra inserción en el llamado “mundo occidental”, o sea, ajustada al ideal de progreso implícito en la modernidad. Hasta el programa oficial de Historia Universal en la Escuela Básica se ajusta estrictamente a los períodos de la historia según la visión eurocéntrica. El eurocentrismo parte de considerar que el desarrollo histórico de todas las sociedades en el mundo entero debe pasar necesariamente por las etapas que atravesó Europa. De esta forma, el predominio real

²⁰ En el artículo “Universidad, Política y Cultura”, publicado en el N° 20 de la Revista Opción, de la Facultad Experimental de Ciencias de la Universidad del Zulia. 1996.

de la sociedad europea sobre el resto de continentes, efectuado a partir de los siglos XV-XVI, se traslada al plano ideológico al imponerse una concepción de la historia según la cual todos los pueblos del mundo deben tener como ideal de desarrollo al modelo occidental.

Partimos de que cada sociedad ha atravesado por sus propias etapas de desarrollo, y que por tanto la periodización debe ser multilineal, considerando que las diversas formaciones económico-sociales precapitalistas no son necesariamente sucesivas sino en muchos casos contemporáneas (Melotti, 1973: 13). Reconocemos que no ha existido históricamente una única línea de desarrollo, sino que cada sociedad generó y expandió en forma independiente sus potencialidades productivas, socio-políticas, científicas y artísticas²¹, y que sólo a partir del siglo XV, con el proceso de expansión y hegemonía europea, es que se han incorporado factores de homogeneización en las distintas sociedades del mundo. De acuerdo con este criterio, la historia universal debe mostrar la diversidad y relatividad de culturas; la misma sólo puede realizarse en la “intersubjetividad”, siendo el resultado de una comparación de diferentes versiones, donde cada una aporta el relato de su propia cultura y de la de los otros.

El actual predominio del capitalismo “globalizado” y unipolar de fines de siglo no es en modo alguno el “fin de la historia” o la etapa última del proceso histórico. Si bien el actual centro de poder mundial abarca prácticamente a casi todos los pueblos y naciones (circunstancia que no se presentó en ninguna de las sociedades que antecedieron a la expansión capitalista), también es cierto que a lo largo de la historia los centros de poder han ido trasladándose de un lugar a otro, que los grandes imperios han colapsado al cabo de décadas o siglos, y que por tanto no existen elementos veraces para afirmar que la actual hegemonía capitalista encarnada en los Estados Unidos y el resto de países del G-7 no sea tan transitoria en el tiempo histórico como lo fue, por ejemplo, el Imperio Romano.

21 “No sólo en comparación con otros universos culturales (el tercer mundo, por ejemplo), sino también visto desde dentro, Occidente vive una situación explosiva, una pluralización que parece irrefrenable y que torna imposible concebir el mundo y la historia según puntos de vista unitarios ... Termina la Historia, la gran Historia, ... la historia de los vencedores, del hombre europeo,... para ser sustituida por incontables historias” (Morales Moya, 1993: 15 1).

La misma globalización, en términos políticos y económicos, es un proceso que lejos de ser nuevo se inició desde el siglo XV, con la expansión del capitalismo mercantilista europeo. Ni siquiera su intento por unificar culturalmente al mundo entero, bajo los principios del “american way of life”, es nuevo en términos históricos, pues la colonización de territorios emprendida por Europa hace más de 500 años llevaba el objetivo de asimilar al modo de vida europeo a todos los pueblos “infeles”, en términos de religión, idioma y costumbres. No por casualidad los latinoamericanos, pese a tener miles de años de civilización propia, hablamos español y rezamos el padre nuestro²².

La globalización ni es un proceso homogéneo ni implica una progresiva integración mundial. La integración de las economías nacionales ha experimentado varios ciclos ascendentes y descendentes. En muchos aspectos fundamentales, había mayor integración en la economía mundial a finales del siglo XIX que en la actualidad (Petras, 1998: 25). Partiendo de este carácter cíclico del proceso globalizador, es que postulamos nuestra propuesta latinoamericanista, que en términos históricos no hace más que replantear lo que ya propusieron e intentaron llevar a cabo Francisco de Miranda, Simón Bolívar, José Martí y hasta el mismo Ernesto “Ché” Guevara. La gesta bolivariana que independizó a buena parte del continente americano e intentó conformar una especie de “macro-nación” o superpotencia (la Gran Colombia y la Confederación Hispanoamericana) que disputara de tú a tú con las grandes potencias de la época, significó un período de declive de la globalización capitalista. La patria latinoamericana no es entonces un nuevo metarrelato que sustituye al de la modernidad eurocéntrica; es una posibilidad de desarrollo ya ratificada por los hechos históricos²³.

22 Sobre esto de la “globalización”, hace más de 150 años Marx escribió lo siguiente: **“Sólo este desarrollo universal de las fuerzas productivas lleva consigo un intercambio universal entre los hombres**, en virtud de lo cual, por una parte, el fenómeno de la masa ‘desposeída’ se produce simultáneamente en todos los pueblos (competencia general), haciendo que cada uno de ellos depende de las conmociones de los otros y, por último, instituye a **individuos histórico-universales, empíricamente mundiales, en vez de individuos locales”** (Marx, 1975: 36) (negritas nuestras).

23 “Es urgente la aplicación de los estudios nacionales, regionales y locales con una visión diferenciada, bajo el enfoque del Diferencialismo Cultural como la teoría histórico-antropológica que sostiene que todo pueblo o cultura es dueño y gestor de su propio desti-

6. Los estudios regionales y la holística

Los estudios de historia regional también apuntan desde hace ya varios años a profundizar la unilateralidad del análisis histórico. La historia regional ha venido repitiendo los mismos vicios que se le critican a la historia “oficial” de Venezuela. La historia centralista de los héroes como “conductores de la nación” y basada en el recuento político-militar de los enfrentamientos entre las distintas fracciones de las clases dominantes, ha sido sustituida por la historia de las élites regionales, las cuales son estudiadas sin el recurso de un análisis socioeconómico que valore la existencia de una mayoría de la población, sometida a duras condiciones de vida y de trabajo, que permanecía ajena a las decisiones políticas, al arte y a la ciencia, pero que a la vez era la que hacía posible con su trabajo la prosperidad de dichas élites.

La historia regional también ha caído en el excesivo localismo y fragmentación del tiempo histórico (López, 1996: 14), en donde el análisis pierde toda vinculación con el proceso histórico nacional, continental y mundial. La historia como disciplina no puede permitirse el lujo de renunciar a la comprensión global del pasado (Barros, 1995:107). Si la historia no avanza a dar explicaciones coherentes sobre la marcha del proceso histórico, su función social se colocaría en entredicho, y quedaría simplemente como un ejercicio para satisfacer gustos individuales. La globalidad, o perspectiva holística del análisis histórico, tiene que fundamentarse en la interdisciplinariedad. Ya no es posible pensar en un análisis histórico que no incluya presupuestos de la sociología, la antropología, la geografía, la politología, la economía, etc.

La historia local y regional debe servir para recuperar la memoria histórica de los pueblos y comunidades de las distintas regiones del país. Hasta el presente, esto ha sido obviado por la perspectiva centralista predominante en la historia “oficial” de Venezuela. Reconociéndose en los procesos vividos en sus propias localidades, los venezolanos pueden interpretar de una manera más adecuada nuestro pasado, y deducir de allí las enseñanzas que contribuyan a entender me-

no; es decir, cada grupo humano responde de manera particular, diferenciada, a los retos que tanto la naturaleza como la sociedad les ofrece. Por lo tanto, no existen hombres, pueblos ni culturas superiores o inferiores, ya que sólo existen hombres, pueblos y culturas diferentes” (Monzant, 1997: 107).

por el presente y delinear en forma efectiva el futuro de la nación. Pero el fomentar regionalismos o rivalidades entre ciudadanos de un mismo país o de países vecinos sería una deformación del fin que deben cumplir los estudios regionales y locales, cuestión que puede pensarse de no pocos trabajos adelantados en este sentido. Por el contrario, la meta debe ser construir una identidad nacional y latinoamericana sobre bases más firmes, partiendo precisamente de las particularidades del desarrollo socio-histórico de las diferentes comunidades.

7. Investigación-acción e historia oral

La recuperación colectiva de la historia mediante la investigación-acción (Torres y Cendares, 1991: 76) es un método que contribuye a que la historia deje de ser una memoria del poder y una justificación del presente, para convertirse en herramienta de análisis crítico del orden establecido, en función de los intereses de las grandes mayorías sociales excluidas de las historias oficiales. La investigación-acción en los estudios históricos puede servir para que diversas comunidades populares reconstruyan su proceso social y establezcan su propio perfil como grupo social²⁴. Sus resultados tendrían más valor social que las conclusiones de grupos de investigadores aislados de dichas comunidades. La investigación-acción como modo de producción de conocimiento supera la contradicción entre teoría y práctica, y la distancia sujeto-objeto, mediante la praxis social comprometida con el cambio.

En el replanteamiento de los métodos en la historia hay que considerar las herramientas de la historia oral. Cobra relevancia en los casos en que no se cuenta con otras fuentes de información para reconstruir los procesos. Constituye una nueva fuente “documental”, tan valiosa como cualquier otra, que debe ser usada de acuerdo al criterio de cada investigador o grupo de investigadores. Tiene limitaciones cuando los hechos estudiados son muy distantes en el tiempo.

El método en la historia debe partir de un análisis concreto de cada situación histórica concreta, prescindiendo de los “metarrelatos” filosóficos que hasta el presente definieron el pensamiento de la modernidad. El estudio de los hechos

24 Un ejemplo de sus posibilidades de aplicación está presente en la reconstrucción de la historia de las comunidades indígenas que aún sobreviven en Venezuela.

históricos depende no tanto de los métodos generales para el estudio de las fuentes, como ya dijimos antes al citar a Olabarri, sino de las hipótesis, conocimientos y teorías que utilice el historiador para interpretar los datos que aportan esas fuentes, y para establecer, siguiendo a Furet, las razones que determinan los cambios en la historia.

Conclusiones

La historia que postulamos busca reivindicar la identidad latinoamericana, para volver a creer en nosotros mismos, valorar nuestras culturas y poder crear las condiciones de soberanía que permitan el desarrollo y el bienestar tanto material como espiritual de nuestros pueblos. Cada pueblo, al encontrar sus propias raíces, construye su propia identidad y busca afirmarse e insertarse en la historia mundial con su perfil original. Nuestra propuesta se orienta a cambiar el rumbo de las investigaciones históricas, entendidas ahora como praxis transformadora de los sujetos populares.

1. Hay que construir una perspectiva teórica que replantee la historia de Latinoamérica, para recuperar una visión propia del mundo, superando el eurocentrismo que domina en muchos de nuestros historiadores.
2. Una vez reconocida la relatividad del conocimiento científico, los investigadores deben asumir un compromiso con las mayorías populares de América Latina, olvidadas por la ciencia oficial en todas las áreas del conocimiento y en todos los planes de desarrollo socioeconómico. Recuperar la memoria histórica del pueblo oprimido es una de las tareas centrales de la historiografía.
3. La historia no puede renunciar a dar explicaciones globales, holísticas, sobre los procesos estudiados, valorando los aportes de la historia regional y local, y de la llamada microhistoria, para lograr una mejor comprensión de la totalidad.
4. A la vez, la historia debe cumplir la función de explicar el pasado para entender el presente, tanto en lo que se tiene como en lo que se ha perdido, y servir así a la delineación de un mejor futuro para nuestras sociedades.

5. La historia es una labor interdisciplinaria, de equipo, de debate permanente y de reflexión teórica obligada²⁵. El historiador tiene un compromiso que cumplir con la sociedad, su trabajo es mucho más que una simple afición personal.
6. Hay que avanzar en el camino de la elaboración colectiva del conocimiento histórico, desarrollando proyectos de investigación en comunidades organizadas, superando la especialización y las jerarquías propias de las ciencias positivistas.

La actual crisis de paradigmas proporciona una situación favorable para cambiar en el sentido propuesto. Ese es nuestro compromiso, para avanzar en la construcción de un mejor futuro para Venezuela y toda la América Latina.

Bibliografía

- BARROS, Carlos (1995). "La historia que viene", en: Carlos Barros (Ed.) **Historia a Debate**. Tomo 1. Actas del Congreso Internacional "A historia a debate" celebrado el 7-11 de julio de 1993 en Santiago de Compostela. Santiago de Compostela: Historia a Debate
- CABRERA ACOSTA, Miguel Ángel (1995). "La historia y las teorías del fin de la historia", en: Carlos Barros (Ed.) **Historia a Debate**. Tomo 1. Actas del Congreso Internacional "A historia a debate" celebrado el 7-11 de julio de 1993 en Santiago de Compostela. Santiago de Compostela: Historia a Debate
- DE GARAY, Jesús y YEPES STORK, Ricardo (1993). "La objetividad, viejo y nuevo problema", en: José Andrés Gallego (Director) **New History, Nouvelle Histoire: Hacia una nueva historia**. Actas de El Escorial. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

25 "Rigor, apertura y tolerancia son las características fundamentales de la actitud y visión transdisciplinaria. Rigor en la argumentación, tomando en cuenta toda la información disponible, como la mejor barrera contra la distorsión. Apertura implica aceptación de lo desconocido, lo inesperado y lo impredecible. Tolerancia significa un reconocimiento al derecho a existir que tienen las ideas y verdades opuestas a las nuestras" (artículo 14 de la Declaración de Principios del Congreso sobre Transdisciplinariedad, citado por Lanz, 1998: 70).

- FURET, François (1982). **L'atelier de l'histoire**. París: AESC. Citado por Olabarri Gortázar.
- LANZ RODRÍGUEZ, Carlos (1993). **Crisis de Paradigmas y Metodologías Alternativas**. Mérida: Invedecor. Consejo de Publicaciones Universidad de los Andes.
- LANZ RODRÍGUEZ, Carlos (1998). **Reforma curricular y autoformación del docente investigador**. Barquisimeto: Invedecor. Centro de Educación Popular Exeario Sosa Luján.
- LE GOFF, Jacques (1991). **Pensar La Historia. Modernidad, presente, progreso**. Barcelona: Ediciones Paidós.
- LOPEZ SANCHEZ, Roberto (1994). **El socialismo en el siglo XX**. Caracas: Editorial Juventud Siglo XXI.
- LOPEZ SANCHEZ, Roberto (1996). "Universidad, Política y Cultura. Años 60 vs. Años 90". **Opción**. N° 20.
- LOPEZ SANCHEZ, Roberto (1996). Prólogo a la obra: ALARCÓN y otros **sucre: Su tierra y su gente. Un enfoque histórico-geográfico** Maracaibo: Fundación Acervo Histórico Sucre, Dirección de Cultura de LUZ, Centro de Estudios de Historia Actual "Carlos Márquez", CEZID.
- LOPEZ SANCHEZ, Roberto (1998). "Las luchas por el cambio social en Venezuela: 1958-1997. La democracia autogestionaria como alternativa ante la democracia de partidos", en: OLIVAR y MONZANT (Coord). **23 de Enero de 1958. 40 Años de Democracia: Una Perspectiva Zuliana**. Maracaibo: Gobernación del Estado Zulia. Secretaría Regional de Educación. CEZID.
- LOPEZ SANCHEZ, Roberto (1999). "Crisis de la sociedad colonial: Proyecto nacional y guerra social". **Minius. Revista do departamento de historia, arte e xeografía**. Universidade de Vigo (España).
- MARTÍNEZ, Miguel (1991) **La investigación cualitativa etnográfica en educación**. Caracas: Edit. Texto.
- MARX, Carlos (1958). **La Sagrada Familia**. México: Editorial Grijalbo.
- MARX, Carlos (1975). **La Ideología Alemana**. Buenos Aires: Ediciones Pueblos Unidos.
- MARX, Carlos (1980). **Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)**. Tomo 1. México: Siglo XXI.
- MELOTTI, Humberto (1973). **Marx y el Tercer Mundo**. México: Editorial Grijalbo.
- MONZANT GAVIDIA, J.L. (1997). "Imaginario de una frustración", en: OLIVAR y MONZANT (Coord). **Ni monarquía ni república. Incapacidad**

- de las élites frente al Proyecto Nacional.** Maracaibo: Dirección de Cultura de LUZ - Centro Zuliano de Investigación Documental.
- MORALES MOYA, Antonio (1993). "Postmodernismo e historia", en: José Andrés-Gallego (Director) **New History, Nouvelle Histoire: Hacia una nueva historia.** Actas de El Escorial. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- MURO-ABAD, Juan Robert (1995). "La idea del progreso como lastre en las filosofías de la historia", en: Carlos Barros (Ed.) **Historia a Debate.** Tomo 1. Actas del Congreso Internacional "A historia a debate" celebrado el 7-11 de julio de 1993 en Santiago de Compostela. Santiago de Compostela: Historia a Debate.
- OLÁBARRI GORTÁZAR, Ignacio (1993). "La 'Nueva Historia', una estructura de larga duración", en: José Andrés-Gallego (Director) **New History, Nouvelle Histoire: Hacia una nueva historia.** Actas de El Escorial. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- PETRAS, James y POLYCHRONIOU, Chronis (1998). "El Mito de la Globalización". **Revista "Ajo Blanco"**. N.º 105. Marzo 1998.
- PROCESO POLITICO. N.º 8. Agosto 1978. **La educación en Venezuela: de la escuela liberal a la escuela tecnocrática.** Caracas (Venezuela).
- RÜSSEN, Jörn (1993). "La historia entre modernidad y postmodernidad". en: José Andrés-Gallego (Director) **New History, Nouvelle Histoire: Hacia una nueva historia.** Actas de El Escorial. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- SANTANA PÉREZ, Juan Manuel (1995). "La historia en el fin de una época o el secuestro de Clío", en: Carlos Barros (Ed.) **Historia a Debate.** Tomo 1. Actas del Congreso Internacional "A historia a debate" celebrado el 7-11 de julio de 1993 en Santiago de Compostela. Santiago de Compostela: Historia a Debate.
- TORRES, Alfonso y CENDARES, Lola (1991). "Los otros también cuentan. Elementos para la recuperación colectiva de la Historia". **Cuadernos para el Debate.** N4 5.
- TORRES, Jurjo (1994). **Globalización e interdisciplinariedad: el currículum integrado.** Madrid: Editorial Morata.